CAPÍTULO LXXXIII. *De cómo los de el reino de Tetzcuco, luego que murió su rey Nezahualpilli, se juntaron para entregar el reino a Cacama, su hijo, que era el que le seguía en el reinado*

UCHAS VECES HA ACONTECIDO EN EL MUNDO que por no haber quedado nombrado sucesor en un reino se han seguido muchas cosas adversas en él; porque como el ser más que otro es muy apetecido de los altivos y soberbios luego que ven la ocasión, los que lo son, acometen la empresa; y de aquí nacen guerras y sediciones y que ni haya hermano para hermano, ni siervo para señor. Esto vemos verificado en este reino de Tetzcuco, porque como murió Nezahualpilli (que había más de cuarenta y cinco años que lo gobernaba) y no dejó hecho nombramiento de sucesor, cada cual quería ser rey pareciéndole que lo merecía y que si su padre hiciera nombramiento en alguno había de ser en él. Por esta causa, luego que se acabaron las obsequias de Nezahualpilli, se juntaron todos los grandes del reino y quisieron hacer nombramiento en Cacamatzin, por ser el que (según su costumbre) era el legítimo sucesor, por ser hijo de la señora mexicana con quien Nezahualpilli había casado; y todos juntos en la sala de la casa, que llamaban hueytecpan, levantóse en pie el mayor señor de los que en ella se habían hallado, y el más anciano, y en nombre suyo y de los demás presentes dijo: con la licencia que tengo de ser el más viejo de todos los que aquí estamos juntos y también porque en otras ocasiones me habéis dado licencia para ser el primero en mi parecer y en ésta también me la habéis concedido, la tomo para deciros lo que siento; y es que en la dilación de cosas graves suelen seguirse muy grandes inconvenientes y porque en este tan célebre y antiguo reino de los aculhuas no se verifiquen, por estar falto de rey, se le demos a Cacama por ser legítimamente suyo, según el orden y leyes que nuestros reyes hasta ahora han guardado; y esto todos lo sabéis; pues sabéis también que es el mayor de sus hermanos, nacidos de las dos señoras mexicanas y confío de él, que como hijo de tal padre y hombre que por sí mismo se ha mostrado muy valeroso en diversas ocasiones, nos regirá y gobernará como buen rey y nos amará como padre, haciendo en esto lo mismo que sus antepasados nuestros reyes han hecho con todos sus siervos y vasallos. Acabó con decir que aquél era su parecer y lo que en justicia debía hacerse; y sin hablar más se volvió a sentar para oír lo que otros (que habían estado hablando entre dientes) decían. Luego se puso en pie otro de no menos autoridad y dijo: que le parecía muy bien lo dicho y muy mala la dilación en ponerlo en ejecución y volviéndose a sentar fueron todos por orden conformes en este parecer; y así quedó Cacama recibido por rey en esta junta (que era mozo de veinte y un años o veinte y dos) y, pareciéndoles que lo hecho entre ellos bastaría para recibirle por rey, salieron fuera a otra sala donde Cacama estaba con sus dos her-

manos, Cohuanacotzin y Ixtlilxuchitl, hijos de la hermana menor de su madre (y otros muchos hermanos que tenían, habidos en otras mujeres legítimas y concubinas que el rey Nezahualpilli había tenido) y les suplicaron que entrasen en la sala del juzgado a oír la determinación del reino; y haciendo sentar a Cacama en el supremo lugar de ella y a sus dos hermanos, Coanacotzin e Ixtlilxuchitzin, junto de él, y a los otros luego por su orden; después de haber tomado todos asiento se levantó aquel señor principal, que en la consulta había sido el primero, y dijo, cómo todo el reino daba la obediencia a su señor Cacama, jurándolo por rey así por el derecho y acción que tenía, por ser hijo mayor de la señora mexicana, como por votos de todos los presentes que eran los consejeros del reino y que les suplicaba así lo quisiesen y confirmasen.

A este punto Ixtlilxuchitl (que era de edad de diez y nueve años), sin aguardar a que su hermano Coanacotzin hablase, se levantó en pie y dijo que el rey su padre no había dejado declarada cosa ninguna en orden del gobierno y que siendo tan sabio y tan valeroso si muriera lo nombrara; y que pues no lo había nombrado creía no ser muerto, ni razón que viviendo se nombrase rey hasta que él volviese y lo nombrase; que cierto sería que se lo daría a su hermano, si le viniese por herencia y que por esta causa le parecía que por entonces se suspendiese la jura de nuevo rey; y que pues que los consejos habían gobernado cuasi un año, viviendo el rey Nezahualpilli su padre, que fuesen ahora continuando por más días en él, hasta saberse con más certidumbre lo sucedido del rey su señor y padre. Oyendo estos señores lo dicho por Ixtlilxuchitl (y pareciéndoles no contradecirle por ser mozo recio de condición y belicoso) pidieron a Coanacotzin, su hermano mayor, que dijese su sentimiento, el cual puesto en pie, dijo que a él le parecía que el príncipe Cacama, su hermano mayor, luego fuese jurado por rey y recibido por todos; porque de la dilación que ponía su hermano Ixtlilxuchitl se podía esperar algún mal suceso y causar gran daño y alboroto en el reino; y con esto cesó; pero Ixtlilxuchitl, que no llevaba a paciencia esta jura, dijo a Coanacotzin que se determinaba muy presto y no advertía a los designios del rey Motecuhzuma, su tío, el cual quería en demasiado grado a Cacama y era porque le hallaba hecho de cera para imprimir en él su figura y hacer de él lo que quisiese. A esto respondió Coanacotzin (porque Cacama a nada de cuanto se decía hablaba por no parecer que litigaba con ambición, en defensa de su derecho): razón sería, señor Ixtlilxuchitl, que no contradijeseis a un caso tan manifiesto y a cosa tan bien y justamente ordenada por estos señores y por mí; pues sabéis que si a Cacama no le viniera el reino había de entrar yo en él, pues soy mayor que vos, en años y nacimiento. A esto dijo Ixtlilxuchitl que si por valor de las personas se hubiera de dar el reino, que ni Cacama ni él se le antepusieran, aunque eran en edad mayores, ni que Motecuhzuma se le atreviera; pero que esto lo remitía al tiempo. Comenzó entre los hermanos a manifestarse desabrimiento, y porque de la multiplicación de las palabras suelen seguirse atrevimientos de manos, pusieron silencio los consejeros en este negocio y sin aguardar a la conclusión de él se salió Ixtlilxuchitl de la sala y se fue

a la de su madre Xocotzin: Cacama, con los demás que habían quedado, se salieron tras él, porque le tenían por muy determinado y creyeron alguna novedad repentina que sobre ellos viniese; y aunque (como se ha visto) fue nombrado Cacama por rey, no fue jurado por entonces; y deshecha esta junta, con esta indiferencia, tomó la posta Cacama sin despedirse de sus hermanos, con mucho acompañamiento de gente, y se vino a esta ciudad de Mexico a la presencia del rey Motecuhzuma, su tío. Coanacotzin se entró en la sala donde estaba su madre Xocotzin, donde halló a Ixtlilxuchitl, su hermano y en el semblante de sus rostros conoció que venían desavenidos y encontrados; y con este sentimiento les comenzó a hablar con palabras blandas y amorosas, pidiéndoles le dijesen lo que había pasado y que dónde estaba el príncipe Cacama, su hermano. Coanacotzin (que favorecía la causa de su hermano) le dijo todo lo que había pasado y cómo Ixtlilxuchitl, su hermano, era de contrario parecer; y como oyó la reina que su hijo lo había contradicho, ora fuese por lo mucho que había querido al rey Nezahualpilli, su marido, ora por temer la ira del mancebo Ixtlilxuchitl (que lo tenía por demasiadamente atrevido), dijo que no le parecía mal lo que había dicho y que para jurar a Cacama había tiempo; pues que conforme a derecho era suyo el reino. Estas últimas palabras no sonaron bien en las orejas de Ixtlilxuchitl y sin aguardar más dijo: bien parece, señora, que vuestra alteza es mujer y no ha penetrado la intención y designios de Motecuhzuma, que aún en tiempo del rey mi padre le parecía que había de ser señor del imperio, absolutamente sin tener en la tierra otro su igual, habiendo de ser conforme a razón muy al contrario; pues su bisabuelo sólo era señor de Mexico y ahora pone sus gobernadores hasta las últimas tierras donde nace el sol y aún le parece que también los podrá poner en las partes septentrionales, donde está el imperio de mis antepasados; pero algun día se castigará esta locura; y con esto cesó y no dijo más; pero Coanacotzin le respondió que mirase lo que decía y que no eran palabras aquéllas que a la reina, su señora, se habían de decir; y a esto le replicó Ixtlilxuchitl diciendo, que tan de cera era él como Cacama, pues veía la figura de Motecuhzuma esculpida en ambos. De estas palabras y otras, que en esta ocasión pasaron, quedaron estos dos hermanos disgustados y dentro de pocos días se dividieron como se verá en el capítulo siguiente.